

SI ME LEES TE LEO

Por Antonio Pereira

Ilustración Ricardo Zamorano

Era la plenitud del verano en el hemisferio austral. Estábamos sentados el uno enfrente del otro, él inquietándome con sus grises ojos parados, mientras la camarera o mesera nos servía unos vasos altos y frescos de zumo de pomelo, en una confitería de la calle Florida.

«Aquí», dijo él, «una confitería puede ser desde luego una confitería pero también un bar, una cafetería, un pequeño teatro, o acaso un salón de baile. ¿Sigue habiendo en España buenas confiterías, de las de ustedes?»

Yo apenas decía nada, estaba recogido y ansioso por escuchar aquella voz opaca, y sin embargo cálida. Le oí seguir:

«Sí, yo conservo buena memoria, pero no retengo la cronología de los sucesos. Ahora he viajado por varias ciudades japonesas, y no sabría decir en qué orden las recorrí... ¿Conocía usted Buenos Aires? Ya ve, ha venido usted cuando estamos pasando una ola de calor insufrible. En Buenos Aires nevó por última vez en 1915. Fue un acontecimiento al que algunos quisieron dar trascendencia, ya éramos como europeos, nevaba como en París... He entregado a mi editor un cuento, La memoria de Shakespeare. No le referiré el argumento. Se trata de un sueño que tuve en Norteamérica. Pienso que es un desvarío emplear muchas páginas en una idea cuya exposición cabe en pocos minutos. Pero acaso esto sea por mi pereza. Sí, los relatos de Kipling más breves, los más directos, postulan la perfección. Yo nunca he sido un gran lector de novelas. Conrad, Dickens, Tolstoi, Cervantes, por supuesto... Mi pereza, le decía, y también la obligada sumisión a los otros. No le haré declaraciones tediosas, pero carezco de medios para permitirme un secretario a quien dictar. ¿Podrían traer un poco más de hielo? El pomelo es refrescante, es muy lindo el nombre español de toronja. ¿Se recuerda en España a Cansinos-Asséns? En todo caso, algo más que a Bartrina, verdad. Usted conoce, sin duda, el poemita de Bartrina donde el amante ve el techo de la alcoba reflejado en los ojos de la amada»

«Sí» (mentí). «Como si en él se hubiera detenido el tiempo» (Se puede decir de

cualquier poema.)

«El tiempo no se detiene nunca», sentenció el maestro con lejanía. «En un parque de Londres hay un reloj con esta inscripción terrible, It's later than you think» (y yo traduje para mis adentros: es más tarde de lo que crees), «siempre nos quedará obra por hacer, enigmas que descifrar...» Esa joven que se ha acercado traía una cierta fragancia, verdad, sospecho el color de sus ojos pero sé con certeza que su vestido era amarillo o ámbar, a rayas de tigre» La chica se había acercado al maestro, con devoción. Era de Córdoba (de Argentina), era intérprete, dijo, de Arturo Capdevila. Cuando ella se alejaba, el maestro dijo que Capdevila era muy feo. Yo dije que la intérprete no se parecía al autor. En realidad, yo apenas decía nada. Bueno, recuerdo que le hablé del verbo fatigar.

«Ah, sí... No es un invento mío, eso de fatigar las aceras, fatigar las páginas de un libro», se excusó con vaga modestia. «Aspera luno..., usted recordará los versos de Virgilio...» «Sí, claro.» (Pero no creo que lo engañase.)

«Aspera luno, quae nunc fatigat metu mare, terrasque caelumque... Y luego, en Garcilaso...»

En el local habían encendido las lámparas. Corteses- o entusiastas- saludadores se acercaban unos momentos, le estrechaban la mano, quizá se la apretaban con exceso y un repliegue crispado, una impaciencia casi dolorosa se marcaba en el tallado rostro. Pero pronto volvía a la serenidad y hablábamos. (Me hablaba) De países tan raros como Islandia. De esos escritores como De Quincey, y Browning, y Dante Gabriele Rossetti. Del suicidio de Rossetti, y de Lugones, y Alfonsina adentrándose en los brazos del olvido...

Todo por este estilo, largamente. Hasta que otra vez nos vimos sobre el asfalto ardiente de la calle Florida. Estaba hermosa y alta la noche del Río de la Plata. Él había recogido en la confitería su bastón chino nudoso, el otro apoyo era mi brazo. Con avidez mimosa del convaleciente, paseaba su voz prodiga, fingidora de algunas vacilaciones. Habíamos cruzado Lavalle- «Nadie rebaje a lágrima o reproche esta declaración de la maestría de Dios, que con magnífica ironía me dio a la vez los libros y la noche»-; Tucumán- «El doctor Francisco Laprida asesinado por los montoneros de Aldao piensa antes de morir»-; vencida la razonable anchura de la avenida de Córdoba- en inglés, tan sonoro, «I offer you lean streets desperate sussets the moon of the jagged suburbs»- cuando alejados de testigos en el laberinto del pasaje del Este, decidí que nos detuviéramos.

Él acusó con sobresalto la rebelión inesperada y brusca. Colearon apenas un par

de versos de El general Quiroga va en coche al muere.

Ya en silencio, me miró, preguntando.

No me di tiempo a formular- Si me lees te leo- la ley sagrada de las tertulias madrileñas. Con la desmesura del autodidacta cuando se suelta empecé de memoria por mi Sonido del hierro y mi voz debió de anunciarse la determinación de seguir y seguir, porque el ciego genial mostraba ahora la confusión de un niño perdido, y tanto que en una pausa, imploró que lo condijese a Maipú 994 donde había quedado en verse con Borges.

